



EL CORDOBÉS

ESE REVOLUCIONARIO

El Cordobés» ha debutado en Madrid. Montera en mano, ha hecho el paseíllo de su doctorado, en una gris tarde tormentosa, con prólogo de rayos, truenos y aguacero, sobre una arena encharcada. «El Cordobés» estaba, sobre todo, decidido a torear, y por eso no le importó el estado del ruedo, ni la electricidad acumulada en los tendidos, donde le aguardaba la más exigente y doctoral afición del mundo. «El Cordobés» iba, como dicen que han hecho siempre los buenos toreros que en el mundo han sido, a por el triunfo o el cloroformo, y ha logrado las dos cosas. Sobre la arena, con ese heroico acento personal, ha consentido al toro tanto como al público, y, por eso, en el centro del ruedo, ha recibido la confirmación sangrienta de la cornada. Cayó, en ese instante, una pesada losa sobre los graderíos, sobre la tarde torera con rayos y agua, y ya no hubo en los tendidos más que comentarios y opiniones. Como en la **SIGUE**

REVALIDA DE SANGRE



Montera en mano, «El Cordobés» hace su primer paseillo en Madrid, en tarde de malos presagios. A sabiendas de que su presencia en San Isidro ha despertado una excepcional expectación, Manuel Benítez no elude la responsabilidad de enfrentarse con una corrida entrada en kilos y en años. La personal chicuelina de «El Cordobés» levantaría la primera ovación, prolongando la quietud inverosímil en los derechazos y naturales.



★
triumfo

Manuel Benítez
«EL CORDOBES»

Fotocolor IBAÑEZ





EL CORDOBÉS

copla, unos dijeron que sí y otros dijeron que no. Pero a la salida, cuando ya declinaba la tormentosa tarde antitaurina, muchos le daban el aire imaginarios mulétoz. Y dicen crónicas que buen torero es aquel que hace a la gente torear por las esquinas.

anatomía de un «fenómeno»

Pero, ¿qué hay en el fondo de este rubio muchacho desmelenado, capaz de prender en su figura tales temperaturas de entusiasmo popular? «El Cordobés» es un fenómeno, pero no sólo en el aspecto taurino de la palabra. «El Cordobés» es un fenómeno social y casi un fenómeno clínico. Nacido en humilde cuna rural, tiene inmediatos antecedentes de sangre y de violencia y, como consecuencia, padece una infancia de segregado, llevando siempre la marca infamante del apodo familiar sobre la cabeza. Manuel Benítez crece entre hostilidades y se hace, por eso, hostil, inconforme, rebelde, revanchista, audaz y enemigo de las estructuras. Torea, entonces, como podría boxear, simplemente buscando una salida, y cuando oye las primeras ovaciones, algo nuevo nace en él. Como no tiene el prejuicio de las convenciones, como quiere desesperadamente ser él mismo, se rebela, sin quererlo, contra las columnas básicas de un arte y lleva el toreo a su elementalidad: la lucha. Cuando «El Cordobés» torea, hasta la plaza más empingorotada tiene acentos de circo romano. Manuel Benítez, el revanchista, llega a lo alto por el único camino que él sabe hacerlo: por el de la simple lucha irracional. El pueblo le quiere porque le sabe salido de su vientre, y el héroe luchador y triunfante, generoso con los humildes, acumula sobre sí los vientos del mito y la leyenda, como aquel otro Manuel «El Espartero», muerto, en Madrid, por un miura colorado cuando ya llegaba a los ruedos la Edad de Oro del toreo.



Falló el mecanismo. Manuel Benítez trata de agotar la faena y comete un error en el desarrollo triunfal de su nueva concepción de la lidia. El toro, según propia confesión del torero, le corné en pie (foto de la derecha) y le produjo un puntazo al recogerle en el suelo (sobre estas líneas), antes del quite.





«el cordobés», ahora

Este es «El Cordobés» en su línea elemental. Sobre ella, muchos toros, muchas tardes y muchos públicos van dejando un peso necesario. En «El Cordobés» se inicia la evolución y, a mitad de camino, quedan las banderillas cortas, el encunarse casi adrede, los infinitos pases rodilla en tierra. El fenómeno se poda de tremendismos, pero sigue siendo un rebelde con causa. Al toreo de los pies quietos que inventó Belmonte y fijó horizontalmente «Manolete», este otro Manuel le busca las cosquillas. No sólo mantiene los pies inmóviles, sino que los junta y, así, completa interminables faenas. Sin quererlo, está elaborando una nueva teoría sobre el mando y el temple, derribando los viejos conceptos. Y se equivoca, naturalmente, muchas veces. En Madrid se ha equivocado cuando apuntaba los rudimentos de su teoría. Por eso ha pagado con la única moneda que circula en la arena: la sangre. Pero, quizá, en esa particular estética de los pies juntos, en esa fría indiferencia hacia el enemigo, en esa renuncia voluntaria a la experiencia codificada por los siglos, en esa gallarda manera de afrontar sin huir la cornada, se estén levantando los cimientos de una nueva tauromaquia.

Manuel Benítez, para la Historia, tiene la suerte de ser un revolucionario.

(Fotos CIFRA y EUROPA PRESS)

